

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLVII

CICLO DE CONFERENCIAS

IV CENTENARIO  
DE LA  
PLAZA MAYOR



ANTONIO BONET CORREA- BEATRIZ BLASCO ESQUIVIAS -  
ISIDORO OTERO CABRERA - CARMEN CAYETANO MARTÍN -  
JOSÉ MANUEL BARBEITO DÍEZ- JAVIER ORTEGA VIDAL y  
FRANCISCO JOSÉ MARÍN PERELLÓN - JOSÉ MIGUEL MUÑOZ  
DE LA NAVA CHACÓN - LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA -  
ALFONSO MORA PALAZÓN - M<sup>ca</sup> DEL CARMEN SIMÓN  
PALMER - ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ -  
M<sup>ca</sup> TERESA FERNÁNDEZ TALAYA

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
C. S. I. C.

Créditos:  
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas  
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas  
Corresponde al autor de la conferencia

©2018 Instituto de Estudios Madrileños  
©2018 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-940473-7-4  
Depósito Legal: M-29477-2018  
Diseño Gráfico: Francisco Martínez Canales  
Impresión: Service Point  
Impreso en España

## SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Introducción</i>	
M <sup>a</sup> TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	9
<i>La Plaza Mayor</i>	
ANTONIO BONET CORREA.....	15
<i>La Plaza Mayor y la celebración de festejos taurinos</i>	
BEATRIZ BLASCO ESQUIVIAS.....	31
<i>Pedro de Tapia y la construcción de la Plaza Mayor de Madrid: su reflejo en la literatura del Siglo de Oro</i>	
ISIDORO OTERO CABRERA.....	63
<i>El Archivo de Villa y la Plaza Mayor de Madrid</i>	
CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	83
<i>La Plaza Mayor escenario de la Corte</i>	
JOSÉ MANUEL BARBEITO DÍEZ .....	107
<i>Las formas de la Plaza. Dibujo arquitectura e investigación</i>	
JAVIER ORTEGA VIDAL y FRANCISCO JOSÉ MARÍN PERELLÓN.....	119
<i>Los orígenes de la Plaza Mayor de Madrid y su representación por Antonio Mancelli</i>	
JOSÉ MIGUEL MUÑOZ DE LA NAVA CHACÓN .....	129
<i>Los nombres de la Plaza Mayor y sus complementos de identidad</i>	
LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA .....	181

<i>Las celebraciones por la canonización de San Isidro en la Plaza Mayor</i> ALFONSO MORA PALAZÓN .....	219
<i>Imágenes literarias de la Plaza Mayor y sus gentes</i> M <sup>a</sup> DEL CARMEN SIMÓN PALMER .....	251
<i>Restauración de la Plaza Mayor (1961)</i> ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ .....	277
<i>La Plaza Mayor de Madrid y sus aledaños en los programas municipales de rehabilitación</i> M <sup>a</sup> TERESA FERNÁNDEZ TALAYA .....	291

## LA PLAZA MAYOR ESCENARIO DE LA CORTE

Por JOSÉ MANUEL BARBEITO

*Universidad Politécnica de Madrid*

*Miembro colaborador del Instituto de Estudios Madrileños*

Conferencia pronunciada el 31 de octubre de 2017  
en el Salón Real de la Casa de la Panadería

Calles de San Jacinto, San Cristóbal, el Vicario viejo, calles de Esparteros, Cuchilleros, Latoneros, calles de la Amargura y de Boteros, callejones del Infierno, de la Lechuga y de las Velas, sonora toponimia que da nombre al laberinto de callejas del Madrid medieval entre las que recorta su silueta el recinto de la Plaza Mayor.

A quien curiosoee por las antiguas planimetrías de la Villa, la rotunda precisión de su trazado podría llevarle a pensar en una traumática operación de cirugía urbana, aunque en realidad la plaza no fuera sino el resultado de una lenta y paulatina intervención que buscó dar forma a un lugar público que carecía de ella. Sin embargo es cierto que algo de forzado, de violencia sobre el homogéneo desarrollo del entramado de la ciudad, asoma tras la estricta geometría de su planta, expresando ese nuevo deseo de control del espacio que va a ser característico del mundo barroco.

Cualquier rinconada cerrada con carros y talanqueras era buena para correr toros en una villa castellana. La regularización de la plaza, la pautada repetición del ritmo de sus balcones ordena otro espectáculo, el que permite al pueblo contemplar juntos, en un mismo escenario, la autoridad de los consejos, el poder de los grandes y la riqueza de los potentados. A la plaza se iba a ver, pero también a ser visto y toda persona que representa algo en aquel mundo tiene su lugar allí, un lugar cuidadosamente determinado según las estrictas reglas del protocolo.

La plaza termina de anudar la relación entre la ciudad y la monarquía. Una relación que Madrid, después de la fallida experiencia vallisoletana, había empezado a asegurar con la reforma de la fachada del alcázar, soberbia expresión de los valores de la institución y de quienes la administraban. Ahora era el turno de la corte, y los festejos de la plaza, toros o cañas, la mejor excusa para lucir el brillante despliegue de su presencia. Porque en la plaza el protagonismo estaba más en los espectadores que en el propio espectáculo.

La Biblioteca del Palacio Real de Madrid conserva un conjunto de papeles reunidos por el marqués de Liche, don Gaspar de Haro y Guzmán, acerca de la disposición seguida en las ceremonias públicas a las que acudía el rey entre los años 1626 y 1660. Don Gaspar, hijo de Luis de Haro, sucesor de Olivares en la privanza del monarca detentó en representación de su padre las alcaldías del Buen Retiro, El Pardo y Valsaín ocupándose de la superintendencia de los festejos palatinos<sup>1</sup>.

Los 228 últimos folios del manuscrito recogen los listados con el reparto de balcones en la plaza, reparto que hacen el presidente del Consejo y el mayordomo mayor del rey, quienes distribuyen a los cortesanos en las tres alturas de los 112 balcones, numerados a partir de los situados a la mano derecha de la Casa de la Panadería, edificio cuyo uso era privativo del rey.

La disposición de los balcones quedaba claramente estratificada, siendo los mejores los situados en la primera planta sobre los soportales, donde se colocaban los personajes de mayor rango. Sobre ellos, en los segundos y terceros suelos se iba disponiendo el resto de ministros y oficiales, mientras la cuarta planta solía dejarse para disfrute de los propietarios. Recorrer las variantes que se producen a lo largo de los años permite visualizar la evolución de la corte, el ascenso en el favor o la caída en la desgracia. Todo encuentra eco en los balcones de la plaza y seguir los sucesivos repartos es una manera más de tomar el pulso a la monarquía. Para hacernos una idea podemos echar una ojeada a los primeros de los repartos guardados, los correspondientes a los toros de Santa Ana de 1626 y 1627. Este segundo año, la enfermedad del monarca que tuvo en suspenso a la corte obligó a posponer el festejo hasta el 26 de octubre, quedando durante todo este tiempo los toros en los tablados, según recuerda una crónica contemporánea<sup>2</sup>.

El primer tramo de fachada, el que se extiende a la derecha de la Casa de la Panadería hasta llegar al callejón de la Ropería, está ocupado por el Consejo Real. En el balcón 1 encontraríamos a don Antonio Bonal, oidor del Consejo Real en el reinado de Felipe III y polémico ministro, cuyo cese fue una de las primeras medidas tomadas tras la llegada al trono del nuevo monarca. Pero Bonal fue repuesto en su cargo dos años después, no sin descontento del pueblo y definitivamente jubilado en 1628. A su lado, en el balcón 2 se sentaba don Luis Salcedo, quien fuera uno de los jueces que condenaron a Rodrigo de Calderón. En el balcón 3 estaba don Jerónimo de Medinilla, jubilado el 22 de abril de 1628 y fallecido al año siguiente. Seguía el licenciado Melchor de Molina, del Consejo y de la Cámara del rey, fiel servidor del anterior monarca que a su muerte en 1632 era decano de ambos consejos. Luego don Juan de Frías, jubilado junto a Medinilla y después electo obispo de Zamora. En el balcón 6 se sienta otro experimentado ministro, don Alonso de Cabrera, el consejero

---

<sup>1</sup>Biblioteca del Palacio Real, Mss. II / 1606 bis. Barbeito, J.M., (2005)

enviado para impedir el viaje de Lerma a la corte tras el fallecimiento de Felipe III. Juez en la causa de Calderón, fue recibido en 1621 en la Cámara, y nueve años después, siendo ya octogenario, recompensado con el virreinato del Perú, cargo al que ya no pudo incorporarse. La misma edad que Cabrera tenía su compañero, el licenciado Fernando Ramírez Fariñas, oidor del Consejo. Acababa de volver de Sevilla adonde había sido enviado como asistente con el título de Capitán General.

Doctores y letrados, todo gente de toga, a los que es fácil imaginar embutidos en sus severos atuendos, revestidos de la imponente autoridad que Velázquez dejó reflejada en su retrato de don Diego del Corral<sup>3</sup>.

Los Consejeros ocupaban los primeros balcones mientras los segundos estaban destinados a sus mujeres. En los suelos terceros los personajes eran más variados. Allí podríamos encontrar a diversos ministros, como el conductor de embajadores, don Francisco Zapata, primero en ejercer un puesto que se había hecho necesario cuando el año anterior llegaron a la corte el cardenal Barberini y su séquito. En abril de 1626 el rey encargó este menester a don Francisco, acompañando el nombramiento de dos mil ducados de renta y un título de Italia. Pero ni así pudo aquel personaje, de escasa estatura, dejar de ser “zapatilla” el apodo con el que le conocían los madrileños. Otros asistentes en aquel tercer piso, ocupando el balcón 7 encima del licenciado Fariñas, eran los hermanos Marcos y Cristóbal Fugger, los llamados “Fúcares viejos”, únicos asentistas que quedarían exceptuados de la suspensión general de pagos del año 1627<sup>4</sup>.

Aún quedaban cuatro balcones en este paño entre el callejón de la Ropería y el rincón de la plaza. Tres de ellos, los numerados 8, 9 y 10 estaban ocupados en su planta primera por el Consejo de Aragón. El 11 era para don Lope de Moscoso, conde de Altamira y Grande de España, ya entonces octogenario, marido que había sido de doña Leonor de Sandoval y Borja, hermana de Lerma. Como siempre el piso segundo era para las mujeres, mientras en uno de los balcones del tercero podríamos encontrar a los médicos de cámara del rey.

Los dos balcones de la vuelta, el 12 y el 13, los que cerraban el rincón antes de la calle Nueva, eran balcones importantes a los que veríamos asomarse al jovencísimo conde de Oropesa, don Duarte Álvarez de Toledo, un niño de seis años de edad que con el tiempo llegaría a ser presidente de los consejos de Órdenes e Italia. Junto a él se sentaba el presidente de Castilla, el más alto cargo administrativo de la corona. Hasta marzo de 1627 había ocupado el puesto don Francisco de Contreras, pero tras el fallecimiento de su esposa el presidente había renunciado al cargo, pidiendo permiso para abandonar la corte

---

<sup>3</sup>Biblioteca Nacional, Mss.9404. Aviso del 26 de octubre de 1627

<sup>4</sup>Museo Nacional del Prado, n° 1195

<sup>5</sup>Las caracterizaciones de los personajes están entresacadas de relaciones y crónicas contemporáneas como la Gaceta de Gascón de Torquemada o el diario del viaje del cardenal Barberini. Gascón de Torquemada, J., (1991), Anselmi, A., (2004)

y enclaustrarse en un solitario convento, una decisión muy admirada por sus contemporáneos. Aceptó la renuncia el rey, que designó para sustituirle al cardenal don Gabriel de Trejo, pero no consintió que Contreras abandonara la corte aunque le permitió una vida retirada dándole por aposento el Cuarto Real de San Jerónimo, donde residió hasta su muerte el 4 de mayo de 1630.

En el primer balcón pasada la calle Nueva, el número 14, veríamos al Marqués del Carpio, el quinto marqués, don Diego López de Haro, casado con doña Francisca de Guzmán, hermana de Olivares y padre de don Luis Méndez de Haro, futuro privado del monarca. El marqués era lucido caballero que jugó un destacado papel en los festejos organizados en 1623 durante la estancia del príncipe de Gales. Caballerizo mayor del rey, falleció en 1648.

Continúan luego los Consejos, dispuestos según su orden de antigüedad, tal como desfilaban en procesiones y cortejos. El de la Inquisición ocupa los balcones 15, 16 y 17. Sigue el de Italia que preside don Manuel de Zúñiga, el VI conde de Monterrey, cuñado de Olivares, que en 1628 sería enviado a Roma para pasar después, en 1631, al virreinato de Nápoles. Y luego el de Indias que ocupa los balcones 21, 22 y 23, cuya presidencia acababa de pasar a don Juan de Mendoza y Velasco, el marqués de la Hinojosa, que sucedió en el cargo a don García de Haro, hermano del marqués del Carpio. Poco vivió don Juan para disfrutar el nombramiento, pues falleció en febrero de 1628, quedando la presidencia del consejo en manos del yerno de Olivares, ya entonces duque de Medina de las Torres. A todas partes llegaba la sombra del poder del valido.

En el balcón 24 encontramos al joven duque de Pastrana, don Rodrigo de Silva y Mendoza, de trece años, con su título recién heredado tras la muerte de su padre Ruy Gómez de Silva. Años más tarde casó don Rodrigo con la VII duquesa del Infantado, ganando fama en la corte de gran derrochador por sus exagerados y extravagantes dispendios.

Los balcones 25, 26 y 27 los ocupa el Consejo de Órdenes que preside entonces el octavo marqués de Alcañices, casado con otra hermana del Conde Duque. Los balcones siguientes, el 28 y el 29 son los de los Zapata, mayorazgo asentado desde el siglo XV en Madrid, cuyo palacio que abría a la plazuela de los Salvajes tenía en la trasera un pasadizo que, salvando la Cava, llevaba hasta las casas de la plaza. De los dos balcones, uno lo ocupa el cardenal don Antonio Zapata, regresado a España en 1623 y nombrado en enero de 1627 Inquisidor General. El otro, su hermano don Diego, II conde de Barajas y mayordomo del monarca.

El resto de balcones en esa acera de Mercaderes son para el Consejo de Hacienda (que preside don Baltasar Gil Imón de la Mota) y la Contaduría Mayor de Cuentas. El año 1627 se hizo un hueco en ellos para sentar en el balcón 33 al embajador extraordinario de Francia, Charles d'Angennes, marqués de Rambouillet, llegado a la corte en enero de aquel año.

Deslucida la embajada y deslucido el personaje, hoy más recordado por haber estado casado con la célebre Catherine de Rambouillet que dirigió uno de los primeros salones literarios de París.

Termina el paño y la fachada de la plaza dobla por la acera de la Carnicería. Si en el frente occidental hemos visto desplegarse los Consejos, en este encontraremos los grandes y la alta nobleza, los embajadores y también, en un destacado lugar a la Villa, personificada en sus regidores.

El primero de los balcones de esta acera, el 39, lo ocupa el duque de Feria, don Gómez Suárez de Figueroa. Imponente personaje que cuenta ya para entonces con una dilatada hoja de servicios. Embajador en Roma y Francia durante el reinado anterior, en 1623, cuando se desató el conflicto de la Valtelina fue enviado a Milán para ponerse al frente de las tropas. En agosto de 1627 hacía un año que había regresado a la corte, se había casado en Montilla con doña Ana de Córdoba hija del marqués de Priego y el rey le había nombrado consejero de Estado. No permaneció mucho tiempo en Madrid pues en abril de 1629 se le dio el virreinato de Cataluña, plaza desde la que pasó en 1630 a Milán para ponerse de nuevo al mando del ejército. Le esperaban sonadas victorias como el socorro de Constanza, la toma de Rheinfelden o el socorro de Brisach, todas ellas celebradas en los cuadros del Salón de Reinos. Feria, “el gran duque”, como fue llamado, es el mejor general con el que va a contar durante mucho tiempo la monarquía.

En los balcones siguientes, el 40 y 41 se asienta el último de los consejos, el de Cruzada. Su comisario era don Diego de Guzmán y Haro que tras ser nombrado arzobispo de Sevilla tuvo que dejar la corte (no sin harto sentimiento, según sus contemporáneos) en noviembre de 1626. Pasó a sucederle el dominico fray Antonio de Sotomayor, confesor del monarca.

Atención especial merece el balcón 42 donde encontramos a Olivares, don Gaspar de Guzmán, conde duque de San Lúcar, grande de España y amo y señor de los destinos de la monarquía. A su derecha ocupa el balcón 43 don Ramiro Núñez de Guzmán, duque de Medina de las Torres y yerno del valido. Su mujer, María de Guzmán, había fallecido el año anterior dejando a Olivares sin descendencia directa. Pero don Ramiro supo ganarse el afecto de su suegro y protegido por él disfrutó el favor de la corte. En 1636 pasó a Italia, se casó con una Caraffa y fue virrey de Nápoles.

En el balcón 44 asiste el marqués de Castel Rodrigo, don Manuel de Moura, nombrado gentilhomme de la cámara del rey y grande de España el 15 de julio de 1621, nada más acceder Felipe IV al trono. Después Moura se fue distanciando de Olivares y en abril de 1628 se le ordenó dejar la corte y marchar a Portugal. Dos años después, en 1630, sería designado para la embajada de Roma, ciudad en la que dejaría una profunda huella como mecenas y protector de artistas. Su nombra resulta hoy inseparable de la terminación de la fachada de san Carlino, última obra de Borromini.

Los tres balcones siguientes, 45, 46 y 47 son para el consejo de Guerra. Lo integraban además de los consejeros de Estado, experimentados jefes militares. Don Antonio Manrique, conde de Morata, don Jerónimo Pimentel, hijo del conde de Benavente y general de la Caballería de Milán, don Juan Fajardo almirante de la Mar Oceana y Capitán General del Reino de Galicia, don Pedro Pacheco, comisario general de la Infantería Española y veedor de las guardas de Castilla. Los hermanos don Antonio Dávila, marqués consorte de Mirabel y embajador en la corte francesa (allí lo encontró el cardenal Barberini, antes de venir a Madrid) y Enrique de Guzmán y Dávila primer marqués de Povar, claverero de Alcántara, y capitán de la Guarda Española a quien se encargara en 1621 la sonada detención del duque de Osuna. Al año siguiente, en noviembre de 1622 Povar dejó la corte al ser nombrado virrey de Valencia, pero retuvo el oficio que siguió conservando cuando de regreso a Madrid, pasó en 1628 a la presidencia de Órdenes.

Por último la imponente figura de don Bernardino de Avellaneda conde de Castrillo, un octogenario cuyos servicios a la corona se remontaban al reinado de Felipe II. Capitán de las galeras de Nápoles había participado en la guerra de Granada, en la de Córcega y en el socorro de Orán. Capitán General de la Armada de Indias, presidente de la Casa de Contratación, Asistente de Sevilla, los cargos se acumulaban en la persona del anciano conde que falleció el 3 de diciembre de 1629.

Fatuos hijos de Marte entre los que el Conde Duque saborea glorias recientes. Tras largos años de tregua, ahora las armas del rey don Felipe se enseñorean de los campos de batalla cosechando victoria tras victoria y los reconocimientos no se hacen esperar: marquesado de Bayona a don Jerónimo Pimentel, marquesado de Espinardo a don Juan Fajardo, marquesado de Castrofuerte a don Pedro Pacheco.

Pasada la calle de Toledo, llega el momento de los Grandes. Muchos de ellos siguen viviendo en sus estados, sin interés en asistir a la corte y otros la han abandonado, descontentos con las innovaciones que ha traído el nuevo reinado, pero su presencia es siempre un acontecimiento que adorna los actos públicos tanto por la calidad de las personas como por la riqueza y ostentación de sus casas. El balcón 48 está reservado al Condestable de Castilla, don Bernardino Fernández de Velasco duque de Frías. Aunque aún no había cumplido los veinte años, el Condestable ya había contraído matrimonio con doña Isabel de Guzmán, hermana de Medina de las Torres, el yerno de Olivares. Eran dos jóvenes parejas al parecer bien avenidas, si juzgamos por el gran banquete que don Bernardino dio a sus cuñados un par de años antes (cuando todavía vivía la hija del Conde Duque), en la granja que tenían los Jerónimos en las riberas del Manzanares, banquete del que se hicieron lenguas los cronistas de la corte. Cassiano dice de él que era *pequeño de estatura, de cara oscura, más larga que corta*<sup>5</sup>.

<sup>5</sup>Anselmi, A., (2005), p.72

Al lado del joven Condestable, en el balcón 49 se sentaba don Francisco Gómez de Sandoval, hijo de Uceda y nieto de Lerma, que para entonces había heredado el título de su abuelo. Rehabilitada su figura y recuperada parte de la fortuna acumulada por sus antepasados, don Francisco no tenía pudor en gastar a manos llenas como se vio en el opulento banquete que ofreció en 1626 al conde de Agramont, enviado de la corona francesa. No permaneció mucho en la corte, pues en julio de 1629 decidió partir con Espínola y el marqués de Santa Cruz camino de Flandes.

Seguía en el balcón 50 el duque del Infantado, don Rodrigo Hurtado de Mendoza que hacía tres años había heredado el título tras la muerte de don Juan sexto duque consorte. En realidad el derecho del ducado lo ostentaba su abuela doña Ana de Mendoza que todavía vivió unos cuantos años más hasta 1633. Don Rodrigo era hijo de su primogénita doña Luisa de Mendoza y de su marido Diego Gómez de Sandoval, otro de los hijos de Lerma, hermano de Uceda. Cuando fue a cumplimentar al cardenal Barberini, don Rodrigo le pareció a Cassiano, *un señorito de cerca de doce años, extraordinariamente pequeño pero rápido de ingenio, que cumplió con el protocolo de maravilla*<sup>6</sup>.

El balcón 51 correspondía al duque de Maqueda, don Jorge de Cárdenas de la casa de los Manrique de Lara, también Grande de España que acababa de volver a la corte después de diez años como gobernador de Orán y Mazalquivir. A su lado, en el balcón 52, el conde de Lemos, don Francisco Ruíz de Castro que había heredado el título y la grandeza tras la muerte en 1622 de su hermano el séptimo conde. Otro nieto de Lerma, pues su madre Catalina de Sandoval era hija del valido. Venía don Francisco de pasar largos años en Italia donde había ocupado sucesivamente el virreinato de Nápoles, la embajada en Roma y el virreinato de Sicilia. Tras una crisis religiosa, un par de años después, Lemos renunció a todos sus títulos ingresando como monje benedictino en el monasterio de Sahagún. Cerraba en el balcón 53 este primer grupo de grandes don Álvaro Colón, recién heredado su título de cuarto duque de Veragua.

Los balcones 54 a 57 estaban destinados a los embajadores residentes en la corte. Los llamados embajadores Grandes, porque ése era su tratamiento, los del Imperio, Francia y Venecia. En el balcón 54 estaba el nuncio, cargo que ocupaba ese año de 1627 Giovanni Battista Pamphili, llegado a España junto con Barberini en 1625. En Madrid permaneció hasta su regreso a Roma en 1630 donde terminaría por alcanzar el solio pontificio con el nombre de Inocencio X. Francia no tenía entonces un embajador ordinario, solo un agente Claude de Lingendes. Antes ya nos hemos encontrado con el marqués de Rambouillet que llevó a cabo esos meses una embajada extraordinaria en relación con el asunto de la Valtelina. Leonardo Moro, embajador de Venecia falleció en Madrid el 3 de febrero de 1627, mientras esperaba la llegada de su

---

<sup>6</sup>Anselmi, A., (2005), p. 115

sucesor Alvise III Mocenigo di Tomasso. Del Imperio era embajador Franz Cristoph Khevenhüller, sobrino del conde de Frankenburg, que durante tantos años representara ese papel en la corte de los Felipes y cuyo bulto funerario aún puede verse en la iglesia de los Jerónimos.

Pasados los embajadores seguía el desfile de Grandes. Don Antonio Alonso Pimentel y Quiñones, IX conde de Benavente, ocupa el balcón 58. Acababa de contraer segundas nupcias en abril de 1627 con la riquísima doña Ana Sandi de la familia milanesa de los marqueses de la Piovera. Azarosa boda por las consabidas pretensiones de los Benavente de ser tratados como miembros de la casa real. A su lado, el balcón 59 lo ocupa el duque de Villahermosa, título que ostentan entonces tanto don Fernando Gurrea de Aragón octavo duque, como su padre don Carlos de Borja y Aragón consorte de la séptima duquesa doña María de Aragón. En el balcón 60 se sienta otro potentado aragonés, don Rodrigo Sarmiento de Silva, duque consorte de Híjar, cuyas ambiciones terminarían por llevarle a intentar alzarse en 1648 con la corona de Aragón.

Enfrentamos los balcones de la Casa de la Panadería, los que ocupan los reyes junto a su servidumbre más próxima. Y en esta privilegiada posición tenemos que detenernos en los balcones 58 a 62 del segundo suelo donde encontramos sentada a la Villa de Madrid con el corregidor a su cabeza. Lo era entonces don Francisco de Brizuela y Cárdenas, nombrado para el cargo el 25 de junio de 1625. Venía Brizuela de desempeñar la gobernación de Aranjuez, donde se había lucido ante el joven monarca y Olivares preparando las espectaculares fiestas de mayo de 1622, que dejaron una profunda huella. Ya en Madrid le tocó atender las muchas exigencias que para la ciudad supuso la estancia del cardenal Barberini, demostrando de nuevo estar a la altura de solventar ese y cualquier otro compromiso. Brizuela será un personaje determinante en unos años decisivos para la ciudad. En lo personal le tocó sin embargo sufrir el revés de la pérdida de su hijo mayorazgo, el primero de enero de 1627. A la Villa se reserva también el suelo tercero, destinado a las mujeres.

En los siguientes balcones encontramos a varios miembros del Consejo de Estado. En el 61 a don Agustín Mejía, en quien se confió la detención de Osuna el 7 de abril de 1621, siendo Mejía quien lo entregó al capitán de la Guarda, el marqués de Povar. Hombre por tanto de la máxima confianza a quien en marzo de 1629, tres días antes de su muerte, el rey mandó cubrir como Grande de España. En el balcón 62 figura otro Grande, el marqués de Montesclaros, don Juan de Mendoza y Luna, aristócrata con larga experiencia de gobierno en tierras americanas. Virrey de Nueva España entre 1603 y 1607 y luego en el Perú de donde no regresó hasta 1615. De vuelta en España fue gobernador del Consejo de Hacienda y presidente del de Aragón, para el que se le despachó título en enero de 1628, título que era novedad en este Consejo.

Sigue don Fernando Girón, Consejero de Estado desde 1622 y a quien se designó el 10 de julio de 1626 Gobernador de Milán, cargo al que rehusó.

Los balcones 64 y 65 son un caso particular pues formaban parte de las casas principales de otro regidor, don Francisco Enríquez, que disfrutaba de los balcones por cédula particular del rey. Fueron sus casas de las más afectadas en el incendio del 7 de julio de 1631 que arrasó toda la acera de las Carnicerías *las quales se quemaron desde los cimientos y cuevas hasta los mas altos terrados*<sup>7</sup>. Cerca de ellos, en el tercer piso del balcón 65 había asistido a las fiestas Mathieu Rosmarin, maestro de cámara del rey y uno de los músicos más destacados de su tiempo. El “maestro capitán” como era llamado en la corte llegó a España de niño y ya formaba parte en 1585 del coro de la Real Capilla de Felipe II.

Consejeros de Estado eran también el marqués de Flores Dávila y don Juan de Villela, asistentes en los balcones 66 y 69. El marqués don Pedro de Zúñiga había sido por dos veces embajador en Inglaterra. Don Juan había pasado en su juventud veinte años en Indias, siendo en 1624 promovido a presidente de aquel Consejo. Entre ellos se sentaba en el balcón 67 el dominico fray Íñigo de Brizuela que ocupó la presidencia de Flandes hasta 1627. Había sido confesor del archiduque Alberto y después promovido a obispo de Segovia. En el balcón 68 estaba el conde de Chinchón, el cuarto conde don Luis Jerónimo de Cabrera y Bobadilla. Siguiendo los privilegios de su casa había detentado la Tesorería General de la Corona de Aragón que dejó el 10 de enero de 1627 cuando se publicó su nombramiento para el virreinato del Perú. Salió de Madrid el 15 de abril de 1628 para iniciar una aventura que se prolongaría por once largos años.

Otros miembros de la nobleza ocupan los siguientes balcones. El 70 el marqués de Cortes, el 71 el conde de Saldaña, Santiesteban el 72, el 73 el marqués de Guiomar y el 74 el de Belmonte, don Jaime Manuel Manrique de Cárdenas. En el balcón 75, uno de los que abre sobre la calle Imperial, asiste don Luis Méndez de Haro, hijo del marqués del Carpio y sobrino por su madre (doña Francisca de Guzmán) del Conde Duque, de quien terminará heredando títulos y privanzas. Es quien ordenó conservar estos papeles que nos están sirviendo de guía, para conservar sin novedades el protocolo seguido en la disposición de los actos públicos. El joven don Luis tiene entonces 28 años y acaba de casarse con doña Catalina de Córdoba, hija del duque de Cardona.

A su lado, en los balcones 76 y 77, se sientan el conde de Oñate, don Íñigo Vélez de Guevara y un “Jerónimo Coloma” que debe ser el abad Girolamo Colonna, persona muy vinculada a su casa. Don Íñigo es un singular personaje de su tiempo. Sucedió en 1622 a su hermano, el asesinado conde de Villamediana, no escatimando a partir de entonces medios para lucir en la corte. Cuando fue encargado de trasladarse a la raya de Aragón para recibir en nombre del rey al cardenal Barberini, dejó Madrid el 30 de

---

<sup>7</sup>Gascón, J., (1991), aviso del 7 de julio de 1631, p. 324

abril de 1626, *llevando 170 personas con la mayor ostentación y costa que a salido ningún señor de la Corte; costole en pocos días 48.000 ducados*, apunta Gascón de Torquemada<sup>8</sup>. No arredra en gastos el conde capaz de ganarle unos pocos años después –en 1631– un pleito al mismísimo rey, el pleito más grave visto en el consejo sobre el importe de las estafetas que significaba 70.000 ducados de renta. Genio y figura de un personaje al que le esperaban importantes cargos y destinos: la presidencia de Órdenes, las embajadas en Inglaterra y Roma, el virreinato de Nápoles. En cuanto al abad don Jerónimo tenía entonces 22 escasos años. Aunque hijo de italianos se había educado en España doctorándose en Alcalá de Henares. A instancias del monarca sería elevado al cardenalato el 7 de febrero de 1628.

¡Tarde de toros! Quiebran el aire destemplados sonidos de chirimías y atabales. Sin contemplaciones los alguaciles despejan al pueblo que se arremolina tras los burladeros de los soportales. En el flanco oriental de la plaza, abrasa inclemente el sol de Poniente. La segunda nobleza ocupa estos balcones de la acera de Santa Cruz. Don Juan López de Zúñiga, marqués de Baidés, don Antonio de Toledo y don Pedro de Granada, los tres mayordomos de la reina, ocupan los balcones 79, 80 y 81. También ocupan cargos en su casa los marqueses de la Mota y Caldereira que tienen asignados los balcones 82 y 83.

Pasada la calle de Atocha si miráramos arriba, a los segundos suelos, los balcones 80 a 90 están ocupados por el resto de embajadores y encargados residentes en la corte. Grandes planes tiene el Conde Duque en el Báltico que implican al rey de Polonia. Su embajador ocupa el balcón 80. Siguen los representantes de los pequeños estados italianos cuyo futuro tanto depende del favor de la monarquía. Módena, Urbino, Luca, Florencia, Mantua, Parma. Orazio Lessi, Giacomo Arnolfini, Averardo de Médicis, Alessandro Striggi defienden en la corte sus intereses. En el balcón 88 asiste el embajador de Malta, en el 89 el de Lorena, en el 90 el de Génova.

En los balcones de la planta primera tras la servidumbre de la reina viene la de los infantes, don Carlos y el Cardenal Infante don Fernando. El conde de Villalba ocupa el 87, el 88 don Gonzalo Arias Bobadilla el célebre conde de Puñonrostro al que el rey envió preso a un castillo en agosto de 1626 por el escándalo que daba con la comedianta Quiteria quien fiel a estos amores no quería hacer vida conyugal con su marido. Don Gonzalo era gentilhomme de la Cámara del cardenal. A su lado en el balcón 89 estaba el conde de Humanes, don Francisco de Eraso que marchó como embajador extraordinario a Roma el 6 de diciembre de 1628. El marqués de Villahumbrosa, el conde de Cantillana capitán de la guarda de don Carlos, don Antonio Moscoso privado del cardenal, don Martín Guzmán, conde de Montealegre

---

<sup>8</sup>Gascón, J., (1991), p. 235

y gentilhomme de su Cámara tienen asignados los balcones 90, 91, 92 y 93. En el 99 y en el 100 están su mayordomo y su caballero mayor.

Arriba en el segundo suelo tras los embajadores se encuentran el conde de la Torre, el de los Arcos, el conde de Fuenclara, el de Lodosa, el marqués de Jabalquinto, condes de Orgaz, de Villamayor, de Añover. El resto de la nobleza que asiste en ese momento a la corte. Y termina el paño con los balcones 101 y 102 asignados a la Junta de Aposento en el primer piso y en el segundo a sus mujeres.

Jueces, consejeros, grandes, embajadores. La nobleza titulada, la alta servidumbre de palacio. Tediosa prosodia de nombres que completa el santoral de la corte. Termina el paño y la plaza vuelve a buscar el frente de la Panadería. Tres balcones, el 103, 104 y 105, antes de llegar a la calle de Boteros, los tres asignados al Consejo de Portugal que preside entonces don Carlos de Borja y Aragón, duque consorte de Villahermosa. Consejeros y mujeres ocupan las dos primeras plantas, mientras en la platea alta asisten los músicos de la Capilla Real.

Pasada la calle, un edificio de siete balcones conforma la casa del regidor Francisco de Sardaneta. El propietario disfruta el balcón 106, por privilegio del monarca. A su lado en el 107 don Pedro de Contreras, secretario de Justicia y de la Cámara, hombre de la total confianza del rey que tenía a su cargo el dinero de los gastos secretos. Falleció el 17 de septiembre de 1627 dejando un sentimiento general de haber perdido la corte un gran ministro.

Los cinco últimos balcones, desde el 108 al 112, aparecen reservados al Reino. En 1623 se habían convocado las Cortes de Castilla que entre diversos altibajos mantuvieron sus sesiones hasta 1629<sup>9</sup>. No se dice en qué orden se colocan los representantes de las ciudades, siempre tan puntillosos en sus precedencias, la relación solo da cuenta de los balcones que se les asignan. Sobre el Reino, en el piso segundo, continúa la letanía de títulos: el conde de la Puebla de Montalbán, marqueses de las Navas y de Orellana, condes de la Aliseda, de Castro y de los Arcos, todos ellos mayordomos del rey.

Las casas de Sardaneta flanquean el palacio de la Panadería, desde cuyo balcón central el Cuarto Planeta –Rey Sol– ilumina la presencia de súbditos y vasallos. Recorrer la plaza en día de fiesta es entender la corte de Felipe IV. Sería equivocado no ver allí más que el despliegue de ociosas vanidades. La plaza trasmite a sus contemporáneos otro mensaje, el del poder de la monarquía, inequívocamente manifestado en el prestigio, la autoridad y la riqueza de quienes concurren en aquel teatro.

Plaza Mayor. Mediodía de ostentación, anticipo de deslucidos crepúsculos.

---

<sup>9</sup>Elliott, J., (1990), pp. 162-166

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Anselmi, A., El diario del viaje a España del cardenal Francesco Barberini escrito por Cassiano del Pozzo, Madrid 2004.

Barbeito, J.M., “El manuscrito sobre protocolo y disposición en los actos públicos de la Biblioteca de Palacio”, en Reales Sitios, nº 163, (2005), pp. 36-51.

Elliott, J.H., El Conde-Duque de Olivares, Madrid 1990

Gascón de Torquemada, J., Gaceta y Nuevas de la Corte de España, Madrid 1991.